

El otro Narciso

*“...es ese misterio hermoso que no descifran ni la
psicología ni la retórica”
J.L.B.*

Culpo al tedio de esa noche y a una breve charla previa la clarificación del mito. No es del todo falaz ni del todo lucida, reconozco que tampoco me pertenece por completo. Narciso amaba su belleza. Su reflejo, sobre el paño líquido del remanso, lo fascinó rotundamente. Esta adaptación original tuvo consecuencias desdichadas para el mancebo. Otra interpretación que retoma el mito y merece repetición fue la que formula Wilde. Oscar planteó una descripción mítica equivalente: En su elucubración contemplo la contingencia de lo absurdo. Su “delirio” simétrico plantea la parábola de un espejo encontrándose con su propia reflexión. Quizá el enojo ante tanto ego conspiró para que el sensible Wilde concluyera como lo hizo.

Hay otra explicación, no tan pactada a la original que vale de atención. El Uruguayo Eduardo Galeano, en su prosa *Los siete pecados capitales*, despliega con gran atino las mencionadas caídas girando sobre la efigie de la diosa. Análogo al álgebra Galeano incrusta un espejo estableciendo un equilibrio simulado que se desfigura hacia el final. Borges, el infinito Jorge Luis, concede en un dialogo (¿ficticio?) con Bioy Casares un recuerdo de este último: “... uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican a los hombres.”. Ambas concepciones retoman el carácter trágico de la alegoría, aproximándola a lo real, a lo estrictamente existencial.

Con estas líneas intento declarar que la nefasta historia de ese Narciso elemental es inacabada. Si no yerro, el joven ya había tenido contacto con su reflejo. Se sabía hermoso, de aquí que desdeñara toda muestra de amor hacia un semejante. De ninguna manera fue el mero contacto con la imagen lo que determinó el hostil desenlace. En su choque con el reflejo, el joven se obnubiló por un detalle del que no había sido partícipe hasta ese momento: los espejos no remiten la realidad. En esa sagacidad, en ese vértigo, concibió al reflejo como una imposibilidad. Se apenó enormemente. Supuso, tal vez, que su belleza era fruto de una banal necesidad, y no de una condición estrictamente natural. El heresiarca de Uqbar, o Bioy, o Borges, ya habían notado que no se trata de un reflejo único sino de una

continuidad perversa, una amplificación infinita y vacía del espacio y de los cuerpos. En ese momento lucido, Narciso, comprendió a la imagen como forma absurda e irrealizable. Entregado a la desdicha y inmensamente vulnerable se propuso no distanciarse del remanso hasta dar con la verdad. La continuidad del discernimiento es sencilla: el germen de la duda coagulo al efebo.

En la completa penumbra fantaseo con un Narciso corriente, deslucido, inocuo, asaltado por el tiempo, precario, con inmediatos padecimientos. Lo comparo con un rostro hosco del subterráneo o con la figura desgarbada de una modelo anoréxica. Lo imagino padeciendo la consternación de especular que quizá otro descubra su secreto. Lewis Carrol lo comprendió a la perfección. En resumidas cuentas reflejarse es permitir fantasmas. Todos sabemos que los espejos siempre deforman.

Fabo Sanchez

contacto@fabosanchez.com.ar

www.fabosanchez.com.ar